Homilía | Misa Crismal |
9:30 am | Catedral Primada de América de Santo Domingo
Mons. Francisco Ozoria Acosta,
Arzobispo Metropolitano de Santo Domingo,
Primado de América

Muy queridos hermanos y hermanas, queridos presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas, queridos laicos, todos, mis queridos hermanos obispos, Mons. José Amable, Mons. Benito Ángeles.

Cada celebración en estos días, cada celebración en la Semana Santa parece la misma, parece que estamos repitiendo lo mismo, sin embargo nosotros celebramos algo distinto, cada celebración de ésta debe ser una celebración distinta, una celebración nueva, como nuevo es el Espíritu que recibimos, como nuevo es Cristo que nos ha elegido, nos ha ungido y nos ha enviado.

Por eso, me alegra mucho que para esta celebración los presbíteros pongan un interés grande en participar, me da mucho gusto que algunos están fuera y me han llamado porque querían participar de esta celebración, porque ven muy significativo para ellos, para su vida, sacerdote. Han venido por la novedad y la importancia de esta celebración siempre nueva, como nuevo es Jesucristo que nos ha ungido y nos ha llamado, nos ha confiado este don maravilloso que es su sacerdocio. El sacerdocio de Jesucristo, siempre nuevo.

Quisiera reflexionar a propósito de esta novedad. Reflexionar sobre tres elementos importantes que yo considero de nuestra vida, de nuestro ministerio sacerdotal.

El primer elemento es. La vocación misma. La vocación que hemos recibido, que es un don maravilloso, es un regalo de Dios, un regalo que llevamos en vasijas de barro. Como dice el apóstol Pablo un regalo maravilloso que llevamos nosotros seres humanos. Por eso es vasija de barro y no nos podemos gloriar de que, de este don, porque la gloria es de Jesucristo que nos ha llamado.

Y nosotros somos frágiles, nosotros somos esa vasija de barro que.

Él nos ha llamado y nos ha ungido. Segundo elemento la unción, la unción es el que de nuestra vida hemos sido elegidos, hemos sido unidos como Jesús en la. Lectura o la primera lectura de la profeta Isaías.

Jesús, ungido por el Espíritu Santo. El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido. Somos unidos nosotros sacerdotes, y todo el pueblo de Dios. Pueblo sacerdotal, pueblo sacerdotal, el pueblo de Israel. En este sentido, estaba consciente de ser ese pueblo sacerdotal. La Iglesia hoy la Iglesia de Jesucristo, está consciente de ser ese pueblo sacerdotal. Ungido todos por el Espíritu Santo.

El Espíritu de Dios, La unción. Esa es la palabra que resume este hecho. Unción para que la unción, para que el Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para. Curar los corazones destrozados para.

Llevar la Buena Noticia a los pobres para proclamar el año de gracia del Señor. Para liberar. Ahí tenemos la misión. Hemos sido ungido para una misión. Misión que no se agota. Misión que no pasa. Y aunque estemos. Viejitos. Aunque estemos confiados. Por los años, la misión no basta. La misión sigue.

Él. ¿Para qué? La misión. La misión que debe ser siempre animada por ese Espíritu de Dios. Esa misión que debemos llevar con entusiasmo, alegría y gozo. Misión El para qué del regalo que hemos recibido, el para qué de la unción. Se concreta en la misión. Misión que no se agota a pesar de los años.

Y el tercer elemento fundamental después de esta misión sería el cómo. ¿Cómo? ¿Cómo realizar esa misión? ¿Cómo realizar esa vocación?

Con entusiasmo como instrumento de Cristo. Consciente de que no es algo propio que anunciamos. Consciente de que es Jesucristo el justo. El sujeto, el protagonista. De la misión es Jesucristo el protagonista. Por tanto, nunca creernos nosotros. Centro y protagonista de la misión. Es Jesucristo, el protagonista de la misión que también tenemos que realizar como pueblo de Dios en comunión, en comunión.

Somos un pueblo. Y como pueblo también. Vivir y anunciar a Cristo, vivir y llevar la misión como pueblo de Dios en comunión.

Así que el cómo vamos a vivir nuestro sacerdocio, cómo vamos a vivir la. La misión está marcada ahí, en comunión. Somos un pueblo sacerdotal. Hemos vivido estos últimos tres años lo que ha sido el Sínodo, el Sínodo de la Iglesia, el llamado permanente a vivir, la sinodalidad.

Y ante todas las corrientes individualista que vivimos fuera de la Iglesia y dentro de la Iglesia, estamos llamados a ejercer esa misión en sinodalidad, contrarrestar el individualismo que hay, que se manifiesta también en nuestra Iglesia con esa sinodalidad. Ahí está el cómo realizar la misión en la Iglesia sinodal. El Papa Francisco ha insistido tanto en que la Iglesia o es sinodal o no es la Iglesia de Jesucristo.

Y el Concilio Vaticano Segundo en la Constitución sobre la Iglesia, no sabe raro este principio de que la Iglesia es misterio de comunión, comunión que primero tiene que verse entre nosotros los pastores, primero tiene que verse entre nosotros obispos, sacerdotes y diáconos. Y comunión que también tiene que verse todo el pueblo de Dios, todo el pueblo sacerdotal.

Así que en este día sacerdotal que renovamos nuestra promesa sacerdotal, pensemos sobre esta realidad de nuestra vida como Iglesia, como presbiterio. El que es la unción que hemos recibido, el Señor se ha fijado en nosotros, nos ha escogido y nos ha ungido. ¿Para qué? Para la misión, para una gran misión. Una misión que es liberación para todos, para todo el pueblo de Dios.

Misión que es buena noticia, sobre todo para los pobres, los afligidos.

Misión que debemos realizar siempre.

Muy bonito. La semana pasada.

Todo el pueblo de Dios, los sacerdotes, estuvimos compungidos con el hecho de la tragedia del jet set. Y me dio mucha alegría que en el lugar de los hechos había sacerdotes. Había algunos ministros consolando, interviniendo, involucrándose. Me dio mucho gusto. Saber eso. Me dio mucho gusto. Me da mucho gusto que dondequiera que han pedido celebraciones como bálsamo de esta situación se han hecho esas celebraciones.

Quiero decir, es nuestro sacrificado. Sacrificado porque coincidió todos estos días con la Cuaresma, terminando la Cuaresma y ahora mucho trabajo. Pero se sacrificaron muchos de ustedes para acudir a esa llamada de una celebración por unos, por los muertos, por los fallecidos, muchos de vosotros.

Nos hemos sacrificado y estamos en esa actitud. Es parte de nuestra misión.

Esa misión necesariamente tenemos que realizarla como cuerpo, como pueblo de Dios, que involucra a los laicos. Y nosotros, sacerdotes, pastores, necesariamente tenemos que vivirla.

Esa misión en solidaridad, en fraternidad, en comunión. La forma de realizar la misión es por la vía de la Iglesia, por la vía que la Iglesia nos está pidiendo. En sinodalidad. La Iglesia de Jesucristo es sinodal o no es la Iglesia de Jesucristo. Pidamos esto al Señor. Pidamos que seamos ese signo de comunión, de participación, de misión, ese signo de sinodalidad.

Ave María Purísima.